

apartamos jamás del fondo de los pensamientos.

Consejos
de S. Vi-
cente de
Paul sobre
la predi-
cacion.

Damos cabo á esta obra con los consejos de S. Vicente de Paul á los misioneros de su congregacion sobre el modo de anunciar la divina palabra: los hemos sacado de su vida publicada por el ilustrísimo Abely, obispo de Rhodéz y antiguo amigo del santo.

DOCTRINA

DE

SAN FRANCISCO DE SALES

SOBRE LA PREDICACION.



LIBRO PRIMERO.

Observaciones preliminares.

Nadie ignora que la amabilidad y la dulzura parece que habian nacido con S. Francisco de Sales. Sin embargo tambien el zelo debe mirarse mas especialmente como su virtud principal, segun lo advierte santa Juana Francisca Fremiot que tan bien le conocia. «En mi juicio, dice esta en una de sus cartas, me parece que el zelo de la salvacion de las almas era la virtud dominante de mi beato padre. ¡O Dios! ¡qué ternura! ¡qué dulzura! ¡qué sufrimiento! ¡qué trabajo en favor del prójimo! al fin se consumio en él (1).» Uno de los objetos principales de su zelo era anunciar la divina palabra, y sus particulares delicias consistian en evangelizar á los pobres.

Aun no era mas que diácono, y ya su zelo apostólico le movia á correr los pueblos inmediatos á Anneci para instruir á los pobres campesinos: su corazon se conmovia

Su aplicacion á instruir á los pobres.

(1) Carta al P. Juan de S. Francisco.

al ver la ignorancia en que vivian los mas de ellos: hablábales de la bondad de Dios, y los instruía con tanta caridad y mansedumbre, que los buenos aldeanos le miraban como su padre. Así es que hizo frutos asombrosos entre aquellos hombres sencillos: la comarca de Anneci mudó de aspecto, y florecieron la moral y la piedad.

Tan dichosos principios fueron las primicias del fruto que no cesó de sacar S. Francisco de Sales con su zelo: mientras vivió, la instruccion de los pobres y de los ignorantes fue el ejercicio predilecto de su corazon. Notábase el gusto con que explicaba la doctrina á los niños, y esta era su distraccion en medio de los afanes del ministerio episcopal. ¡Cuántas veces se le vió, despues de haber anunciado la divina palabra á los príncipes y monarcas, bajar de la sagrada cátedra para enseñar á los pequeñuelos los primeros rudimentos del cristianismo! ¡Con qué ternura recomendaba á sus párrocos la vigilancia sobre aquellos corazones nuevecitos y la formacion en la piedad desde los primeros años! *Los ángeles de los niños*, decia (1), *aman con particular amor á los que los educan en el temor de Dios y derraman la santa devocion en sus tiernas almas.*

Su frecuente predicacion.

Aunque la instruccion de la gente pobre y de los niños fuese el objeto de su preferencia, no dejaba por eso de anunciar la divina palabra á las personas de todos los estados: tenia una satisfaccion y miraba como un deber subir al púlpito siempre que podia (2). Las ciudades de París, Dijon, Grenoble, Chambery y otras oyeron su voz elocuente y persuasiva todos los días por espacio de cuaresmas enteras.

(1) Carta del santo á santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

(2) Véase la parte 2.^a, núm. 14.

En sus sermones no temia aterrar á los pecadores con la pintura de su estado criminal; pero al mismo tiempo les mostraba el remedio en la sangre de nuestro divino Salvador: no los tranquilizaba en cuanto á los justos temores de su conciencia; al contrario con las verdades mas terribles infundia en los corazones aquella consternacion que prepara á la penitencia; pero su zelo armado de terror contra el crimen tomaba bien pronto el lenguaje de la bondad y de la ternura para ganar al criminal. ¿Quién podria contar el número de almas que su dulzura persuasiva arrebató al vicio? En cuanto aparecia en la cátedra del Evangelio, la bondad retratada en su semblante, el fuego vivo y penetrante de sus ojos que ardian en zelo de la salvacion de las almas, el timbre tierno y atractivo de su voz, su compasion hácia las miserias de los hombres le abrian todos los corazones (1).

De qué modo predicaba.

Sus palabras tenian una uncion y un tono de dulce persuasion, que penetraba y se insinuaba hasta lo mas íntimo del alma, y hacia una suave y gustosa violencia al corazon. Pintaba con tan vivos colores la tiranía de las pasiones y la desgracia de una alma separada de su Dios, representaba con pinceladas tan persuasivas la alegría de una buena conciencia, las esperanzas de la vida futura y las misericordias infinitas de un Dios salvador, que se apoderaban de todos

(1) A tan excelentes dotes no acompañaba la expedicion en el decir. Su accion y pronunciacion eran algo lentas y pesadas (véase el núm. 5 de la 2.^a parte); mas este defecto natural no le quitó sacar infinito fruto, porque sus discursos eran muy instructivos y llenos de uncion. Hacemos esta advertencia para consuelo de aquellos que como el santo no tuvieron expedicion ni facilidad de hablar en público.

los corazones el arrepentimiento de la vida pasada y el deseo de empezar una nueva.

Fruto de sus sermones.

Conversion de una protestante.

¡Cuántas veces tuvo el consuelo de ver pecadores conmovidos, enternecidos, bañados en lágrimas, que sin poder apenas explicarse mas que con sollozos y gemidos iban á buscar á sus pies el fin de la turbacion que dichosamente les habia infundido! Una calvinista orgullosa que juntaba la obstinacion en la herejía á la presuncion de una falsa ciencia, asistió al sermón el primer domingo de adviento: el santo que era el predicador, hizo una pintura tan viva del juicio final y de los tormentos de una eternidad desgraciada, y sembró tal y tan saludable turbacion en el corazon de aquella mujer, que cayó enferma de peligro. Entonces solicitó con anhelo el auxilio de aquel de quien hablaba antes desdeñosamente: escuchó las verdades de la fé con docilidad: la tranquilidad que recobró con la salud del alma le restituyó bien pronto la del cuerpo, y en adelante se hizo apostol de la iglesia católica, cuya enemiga habia sido tanto tiempo.

Esta conversion causó mucha satisfaccion á san Francisco, quien habla de ella en una carta; pero con aquella profunda humildad que le hacia omitir todas las circunstancias de que podia redundarle gloria. «Estando predicando, dice, en París en la capilla de la reina del dia del juicio, concurrió la señora de Perdreauville que habia ido por curiosidad; pero quedó en las redes, y por aquel sermón tomó la resolucion de instruirse: á las tres semanas me trajo á confesar toda su familia, y yo fui padrino de todos en la confirmacion. Vea V.: aquel sermón que no se predicó contra la herejía, respiraba sin embargo una verdad católica de que Dios se valió contra la herejía, porque Dios me dió en aquel momento hablar así en favor de aquellas almas. Desde entonces he dicho siem-

pre que quien predica con amor, predica bastante contra los herejes, aunque no diga una sola palabra de controversia contra ellos (1).»

Sin embargo es necesario que el ministro de Jesucristo posea bien la ciencia de la teología y de la controversia para refutar los sofismas de la mentira y desengañar á las víctimas del error. Por eso decia san Francisco de Sales que en un sacerdote *no hay mucha diferencia entre la ignorancia y la malicia; y que aun es mas temible la ignorancia, porque hace despreciable el estado eclesiástico* (2). ¡Qué lástima en efecto cuando no sabe un sacerdote responder á las objeciones de los enemigos de la religion!»

Máximas del santo sobre la necesidad de la ciencia.

Nuestro santo solia recordar á los eclesiásticos una expresion que habia oido al célebre jesuita Possevino, el cual habia vivido mucho tiempo en países de príncipes herejes, y decia haber visto por sus propios ojos que la ignorancia del clero era la que mas habia contribuido á los progresos de la herejía. Este mismo famoso jesuita, convencido de la necesidad de la ciencia para refutar á los adversarios de la religion, habia puesto todo su esmero en dirigir á S. Francisco de Sales cuando este estudiaba en Padua á la edad de veinte años. Le hacia leer la grande obra de las controversias que acababa de publicar el cardenal Belarmino, y ponía particular empeño en darle á conocer lo especioso de las objeciones y la fuerza de las respuestas. Es creible que á este trabajo continuado por muchos años con infatigable constancia y aplicacion debió el santo la facilidad y la claridad asombrosa con que resolvía las objeciones de los herejes. Estudiaba con tan perseverante zelo, que su familia conservó

Estudios del santo.

- (1) Carta á una viuda.
- (2) Opúsculos.

doce volúmenes en cuarto, compuestos de los cuadernos de teología y jurisprudencia que escribió durante su carrera literaria.

Ciencia del santo.

Quando fue nombrado obispo de Ginebra, queriendo el sumo pontífice Clemente VIII cerciorarse por sí mismo si eran fundados los rumores de la fama acerca de su ciencia, le hizo sufrir un examen á presencia de los cardenales, y quedó tan satisfecho su santidad, que acabó con estas palabras de la sagrada escritura: *Bebe, hijo mio, de tu cisterna y del manantial de tu pozo: derramense fuera tus fuentes, y reparte tus aguas en las plazas públicas* (1).

Conversion de los herejes.

Asi es que los mas de los ministros protestantes estaban tan persuadidos de su ciencia, que desecharon tercamente todas las conferencias á que los brindó en los cinco años de la mision del Chablais. Solamente dos aceptaron: el uno quedó plenamente convencido y no respondió mas que con un torrente de injurias: el otro mas dichoso abrió los ojos á la luz y se convirtió. Fueron tan multiplicadas las conversiones de los otros protestantes, que la fama pública calculaba en setenta mil el número de herejes que S. Francisco habia reducido al gremio de la iglesia durante su vida. Este hecho consta en la bula de canonizacion (2).

Se ha atribuido esta multitud de conversiones á su mucha bondad y dulzura, y es verdad que tuvieron estas virtudes gran parte en ellas. Por eso decia el célebre cardenal Du Perron que él se encargaba de convencer á los herejes; pero que á S. Francisco de Sales le tocaba persuadirlos y convertirlos. Sin embar-

(1) *Bibe aquam de cisterná tuá et fluentá putei tui: deriventur fontes tui foras, et in plateis aquas tuas divide* (Prov. V, 15 y 16).

(2) Obras de S. Francisco de Sales.

go es preciso añadir que si la bondad y dulzura de nuestro santo produjeron estos efectos maravillosos, es porque iban acompañadas de la ciencia. La dulzura dispone y abre los corazones; pero se necesita la ciencia para ilustrar el entendimiento. La dulzura de S. Francisco le hacia amar, porque todos conocian que era la efusion de un corazon caritativo y zeloso.

En sus discursos públicos y en sus conversaciones privadas procuraba persuadir á los herejes sin causarles vergüenza ni confusion: guardaba consideracion con cierto orgullo secreto que nos previene contra las verdades que los otros nos descubren; y vigilaba sobre que las discusiones de controversia no degenerasen en disputa, porque entonces acontece de ordinario que acalorados los entendimientos se aferran en sus opiniones.

De qué modo los reducía á salir del error.

No se presentaba como un guerrero que quiere alcanzar la victoria, sino como un buen padre compadecido tiernamente del extravio de sus hijos: lamentaba su desgracia en haber mamado con la leche malas doctrinas, y les manifestaba tan entrañable afecto y un amor tan tierno, que hubiera sido necesario tener entrañas de bronce para no conmovirse, mucho mas cuando en todo esto no habia ninguna afectacion. Como formado en la escuela de Jesucristo estaba penetrado de amor al prójimo y de zelo por la salvacion de las almas: pintábanse los sentimientos de su corazon en su rostro, en su voz, en su accion, en toda su conducta: asi conseguia ser oido con gusto, y entonces su ciencia completaba el triunfo que la dulzura habia empezado, probando la verdad de un modo tan claro é inteligible, que se disipaban como el humo todos los sofismas del error (1).

(1) Véase parte 2.^a, núm. 16.

Cuán ver-
sado esta-
ba en la
teología
moral.

Este gran santo juntó siempre al estudio de la teología dogmática el mas asiduo de la moral. Es cosa muy sabida que tenia un talento particular para dirigir las almas por los caminos de salvacion; pero pocos saben con qué tenaz trabajo habia cooperado á la gracia de su vocacion, y adquirido el vasto conocimiento de la moral y la rara prudencia que se admiran en sus obras. Debía en mucha parte la exactitud de sus principios y la precision de sus racionios á la infatigable aplicacion con que habia leído, meditado y profundizado la doctrina de Santo Tomas, á quien veneraba como *el mayor de los doctores* (1) y el teólogo mas profundo; y se habia familiarizado tanto con los principios de este, que los aplicaba facilmente en todas las circunstancias.

Sus prin-
cipios pa-
ra la di-
reccion de
las almas.

Así se puede observar sin dificultad en todas sus obras, donde traza con admirable sabiduria reglas fijas y precisas que guardan un justo medio entre una excesiva severidad y una laxidad peligrosa, distinguiendo con claridad lo que es pecado de lo que no lo es, lo que puede tolerarse de lo que debe prohibirse. Su principal conato es refutar el error de los que hacen consistir la virtud en ejercicios extraordinarios, ó proponen prácticas poco convenientes á la condicion y estado de las personas que uno dirige. S. Francisco por el contrario sabe hacer que cada uno halle la santidad mas alta y eminente en la situacion en que le ha colocado la Providencia, y en una vida que no ofrece nada extraordinario exteriormente.

Por un justo temperamento de mansedumbre y zelo proporciona tan cuerdamente la devocion con las atenciones y hasta con los recreos inocentes de cada estado, que se siente uno inclinado á la práctica de una virtud

(1) En una de sus cartas.

tan amable: recomienda á veces una prudente condescendencia y una dulce complacencia con tal que no sea á costa de la religion y de los deberes: quiere que uno siempre caritativo, obsequioso y pronto á ayudar al prójimo procure servirle. Condena la extravagancia, el mal genio y los caprichos que hacen despreciar y á veces aborrecer la piedad en ciertas personas, las cuales juzgan ser devotas sin procurar domar su carácter. Aconseja una santa libertad que no se desvia jamás de las reglas de la virtud, una alegría cristiana que sabe unirse á los deberes mas austeros del Evangelio, y una bondad sin debilidad que se aviene con el heroismo de la santidad.

Esta es la doctrina que hallamos á cada página de sus obras. Dichoso el ministro del Señor que se penetra bien y se instruya de las sabias reglas que allí se contienen. En ellas aprenderá á dirigir las almas sin sacarlas del camino á donde las ha llamado la divina providencia, y sin hacer pesado el yugo que el Señor quiso que fuera suave y ligero (1). Allí beberá con confianza principios seguros y una moral exacta; porque la santa sede antes de canonizar á S. Francisco de Sales mandó examinar todas sus obras, y se hallaron tan llenas del espíritu de Dios y tan propias para producir frutos de salvacion, que se declaró su doctrina tan saludable como la de los padres de la iglesia (2).

La santa
sede reco-
mienda
mucho sus
escritos.

¡Dichoso pues, repito, el sacerdote que estudia en esta santa escuela y bebe con ansia las aguas de esta excelente doctrina! Sus decisiones, sus consejos, sus prácticas, todo es infinitamente precioso para un director espiritual. Todos sus escritos llevan el sello

(1) *Jugum meum suave est, et onus meum leve* (san Mat. XI, 30).

(2) Vida de S. Francisco de Sales por Cotolendi.

del zelo, de la prudencia y de la piedad. En la bula de su canonizacion, número 16, los compara el papa Alejandro VII á unas aguas abundantes que han regado los corazones de los grandes y del pueblo sencillo, y los han hecho producir una cosecha abundante de virtudes evangélicas (1). El mismo pontífice declara en un breve dirigido á las religiosas de la Visitacion que las virtudes heroicas de S. Francisco de Sales y sus saludables escritos son como otras tantas antorchas encendidas que llevan el fuego y la luz por todo el cuerpo de la iglesia, y que su doctrina es divina (2).

Tenia ánimo de componer un libro que sirviese de guia á los predicadores.

Este santo tan versado en la ciencia de la salvacion estaba muy convencido de que el mejor medio de procurar el bien de las almas es formar buenos pastores que las guien con tanta prudencia y sabiduria como zelo por los caminos de la salvacion: por lo cual habia resuelto componer una obra que les sirviese de guia en el ministerio de la predicacion. Véase como habla de este plan en una carta al Ilmo. Sr. de Villars, arzobispo de Viena, fecha en abril de 1609: «Tengo algunos materiales para la introduccion de los aprendices en el ejercicio de la predicacion evangélica, á que quisiera agregar el método de convertir los herejes por medio de este santo ministerio: en este último libro deseara yo como en forma de ejemplo refutar todos los argumentos principales de nuestros adversarios con un estilo no solamente instructivo, sino afectivo, para que sirviera tanto para convertir á los herejes, como para fortificar á los católicos.»

El arzobispo de Viena le respondió el 8 de abril del mismo año, exhortandole á llevar adelante su desig-
nio: «Por el plan que medita V. S. I., le decia, pobla-

- (1) Obras de S. Francisco de Sales.
- (2) Vida del santo por Cotelendi.

rá el mundo de predicadores que le imiten; y me atrevo á prometerme, si Dios quiere que saque V. S. I. á luz tan buenos pensamientos, ver tanta multitud de conversiones asi de herejes como de libertinos, que haya forzosamente que confesar no haberse hallado jamás tal método... Haga pues V. S. I. porque su zelo, que es verdaderamente segun la ciencia de los santos, ponga por obra lo que V. S. I. se digna de comunicarme.»

Los deseos de este prelado no se cumplieron, porque las multiplicadas y diversas ocupaciones de nuestro santo no le dejaron nunca ocios para trabajar una obra tan importante. ¡Qué pérdida para los ministros del santuario!

Para suplirla en cuanto está de mi parte he reunido cuanto dijo ó escribió este santo en diversas ocasiones sobre el modo de anunciar la divina palabra, y es lo que forma el objeto del libro que doy ahora al público y divido en dos partes. La primera contendrá todo lo que he hallado en los escritos de S. Francisco de Sales sobre esta materia; y la segunda lo que nos ha transmitido el Ilmo. Sr. Camus, obispo de Belley, de las frecuentes conversaciones que tuvo sobre la misma materia con el santo.

Lo mas importante que hay en la primera parte, es la carta núm. 1. Véase con qué ocasion se escribió.

Andrés Fremiot, hermano de santa Juana Francisca Fremiot, habia recibido una educacion esmeradísima, y habia adquirido gran instruccion en las bellas letras, la teología y el derecho real y canónico. Aunque desde sus mas tiernos años manifestó inclinacion al estado eclesiástico, no parece que se ordenó sacerdote hasta la edad de treinta, habiendo sido sucesivamente hasta entonces consejero en el parlamento de Borgoña y consejero de estado en la corte de Enrique IV. Yo no sé precisamente cuándo recibió las sagradas órdenes; pe-

Tratase de suplir en algo la pérdida con esta recopilacion.

Exposicion de los documentos que componen la primera parte.

Noticia acerca del Ilmo. Sr. Fremiot, arzobispo de Bourges.

ro Marsollier asegura en la *Vida de santa Juana Francisca* que dijo la primera misa el jueves santo del año 1604, y que le asistió en esta augusta ceremonia S. Francisco de Sales, cuyo íntimo amigo era. Los señores de Sainte Marthe dicen en la *Gallia christiana* que nació el 26 de agosto de 1573: que fue nombrado arzobispo de Bourges por Henrique IV en 1602, y consagrado en Paris el 7 de diciembre de 1603; pero que no entró en su ciudad episcopal hasta el 23 de octubre de 1604.

Es cierto que pasó en Dijon la cuaresma de 1604, donde asistió con regularidad á los sermones de S. Francisco de Sales que se hallaba allí predicando. La fecha de la carta que este le escribió (5 de octubre de 1604), indica que antes de partir el ilustrísimo Fremiot para su diócesis le pidió algunos consejos sobre la predicacion, la cual probablemente era un ejercicio nuevo para él, ordenado sacerdote poco tiempo habia segun hemos visto.

La conducta de este prelado en su diócesis fue en un todo digna de la intimidad que siempre reinó entre él y S. Francisco: llenó todos los deberes de un buen pastor, y murió el 13 de mayo de 1641 despues de haber prestado muchos servicios á la iglesia y al estado. Compuso algunas obras, entre las cuales se distingue el *Discurso de las notas de la iglesia contra las herejías* (Véase el Diccionario de Moreri, art. *Fremiot*).

Despues de la carta al arzobispo de Bourges no dejará de leerse con interés el fragmento de la del núm. 2 que contiene instrucciones importantes, siendo de notar en particular un excelente elogio de las obras del V. Fr. Luis de Granada. No he podido descubrir el nombre ni la silla del futuro obispo á quien se dirige esta carta.

El objeto del fragmento de la carta núm. 3 es ha-

cer ver cuán poderosamente contribuyen las oraciones de las almas piadosas á procurar el fruto de los sermones.

El núm. 4 encierra una exhortacion para no cansarse de predicar á pesar de la indocilidad de los pueblos.

El núm. 5 es un encargo de respetar mucho á los predicadores y la palabra divina que anuncian, cualesquier que sean por otra parte su talento y ciencia.

Finalmente en el núm. 6 se da una explicacion de los siete dones del Espíritu Santo con respecto á los predicadores.

La segunda parte se ha sacado del espíritu de san Francisco de Sales, obra en seis volúmenes, en que el Ilmo. Sr. Camus, obispo de Belley, reunió muchas cosas que le recordaba su memoria de las conversaciones habidas con el santo. El presbítero Collot extractó los seis volúmenes en uno solo que se ha reimpresso varias veces; pero para reducir asi la obra del obispo de Belley tuvo que hacer muchas supresiones omitiendo á veces cosas útiles é interesantes. De esto se convencerá el que coteje lo que nosotros hemos sacado de la obra del Sr. Camus, por lo que mira á la predicacion, con lo que contiene el libro de Collot sobre el mismo asunto.

Debemos advertir aqui que no respondemos de que S. Francisco de Sales usase precisamente las mismas expresiones que el obispo de Belley pone en su boca en esta segunda parte. El santo murió en 1622: el tomo 1.º del *Espíritu de S. Francisco de Sales* no se publicó hasta 1639; y seria muy extraño que el señor Camus hubiese conservado puntualmente en la memoria todas las palabras del santo; mas no asi en cuanto al fondo de la doctrina. Estamos ciertos de que el señor Camus la presenta con exactitud, y cualquiera que

la coteje con la primera parte sacada de los escritos del santo, observará tan cabal identidad de doctrina entre una y otra, que las mas veces no hallará en la segunda mas que una repetición, una explicación y una ampliación de la primera.

No puedo terminar estas observaciones preliminares de un modo mejor que con las bellas palabras que usa S. Agustin para expresar los caracteres de la caridad pastoral, y que pintan perfectamente la caridad de nuestro santo, como nota Bossuet en el panegírico del mismo: «La caridad, dice S. Agustin, engendra á los unos: se hace debil con los otros: tiene cuidado de edificar á estos: teme ofender á aquellos: se baja hácia unos y se levanta hácia otros: cubre con sus blandas plumas á sus tiernos hijuelos, y llama con una voz ejecutiva á los que se quejan (1).»

(1) S. Agust. *De catech. rud. c. XV, n.º 25.*

PRIMERA PARTE

DEL LIBRO PRIMERO.

N.º 1.

Carta de S. Francisco de Sales al Ilmo. Sr. Andrés Fremiot, arzobispo de Bourges, fecha 3 de octubre de 1604.

Ilmo. Sr.—Para el amor no hay nada imposible: yo no soy mas que un predicador miserable y desaliñado, y aquel me hace acometer la empresa de decir á V. S. I. mi parecer sobre el verdadero modo de predicar. No sé si el amor que V. S. I. me profesa es el que saca esta agua de la piedra, ó si el que yo profeso á V. S. I. es el que saca rosas de las espinas. Permítame V. S. I. la palabra *amor*, porque hablo cristianamente, y no le parezca extraño que prometa agua y rosas, porque son calidades que convienen á toda doctrina católica de cualquier manera que se presente. Voy á empezar mi tarea: Dios ponga su mano en ella.

Para hablar con orden considero la predicación en estas cuatro causas: quién debe predicar, por qué fin debe predicar, lo que se debe predicar y el modo con que se debe predicar.

Division
de esta
carta.